

## CXX

Así la gente de la Cruz fugia  
seguida del averno y sus legiones,  
y solo contrastando la porfia  
de los vientos, de infantes y bridones,  
Gofredo la serena faz volvía,  
severo reprendiendo á sus varones;  
y á la puerta del campo el gran caballo  
paraba entre su pueblo por guardallo.

## CXXI

Veloz dos veces contra Argante gira,  
y dos veces al bárbaro contiene;  
y allí do más la turba hostil se mira,  
su brazo invicto á destrozarla viene.  
Al fin á sus trincheras se retira,  
y el pagano en su triunfo se detiene.  
Este á Solima torna: los cruzados  
yacen entre sus tiendas fatigados.

## CXXII

Y ni aun allí se libran de los males  
con que el crudo huracán los acongoja.  
Vase el fuego apagando de los reales;  
la lluvia entra do quiera; el viento arroja  
rasgadas lonas, trabes y puntales,  
con que de asilo al sitiador despoja,  
y el tronar y los gritos que resuenan,  
de armonía espantosa el mundo llenan.

## CANTO OCTAVO

ARGUMENTO.—Un caballero cuenta á Bullón las hazañas y muerte del príncipe de Dinamarca. Los italianos, engañados por vagas sospechas, piensan que el valiente Reinaldo ha sucumbido. El infierno les inspira su furor, y se abandonan á todo el exceso de la cólera y de la venganza. Amenazan en motín la vida de Godofredo; mas éste lo reprime y aplaca, protegido por el cielo.

## I

Cesaron de soplar el Austro y Coro;  
la borrasca infernal pasado había,  
y con la faz de rosa y planta de oro  
hermosa el alba con su luz venía;  
mas la precita gente no el tesoro  
consumió de su astucia y artería,  
y el soberbio Astarot de esta manera  
habla á Aletto su inmunda compañera:

## II

«Mira, Aletto, venir (sin que impedido  
por nadie pueda ser) aquel guerrero  
que vivo de las manos ha salido  
de Solimán nuestro adalid primero.  
Ese diciendo al franco del perdido  
príncipe y de su gente el caso fiero,  
cosas descubrirá que harán se pida  
del hijo de Bretoldo la venida.

## III

»Sabes tú que oponer fuerza y engaño  
nos conviene á su próspero destino:  
baja á las tiendas pues, y trueca en daño  
cuanto diga por bien el peregrino.  
Abrasa el corazón con fuego extraño  
del helvecio, del anglo y del latino:  
iras mueve y tumultos, y haz de modo  
que se rompa y disperse el campo todo.

## IV

»Vuela al franco: de ti digna es la obra,  
y un tiempo á nuestro Rey ya la ofreciste.»  
Este recuerdo á decidirla sobra,  
y el monstruo de sus armas se reviste.  
Al valle en tanto llega, y se recobra  
no bien de su fatiga el nuncio triste,  
cuando al primero que topó pregunta  
por el Caudillo de la hueste junta.

## V

Gran turba le conduce al Soberano,  
que al paso nuevas escucharle entiende:  
él á su vista inclínase y la mano  
que sacude á Babel besar pretende.  
Luego dice: «Caudillo del cristiano  
pueblo, cuyo valor la fama extiende,  
á ti nuncio feliz llegar querría.....  
Y suspirando, en esto, proseguía:

## VI

»Suenón, del rey danés único hijo,  
honra y sostén de su vejez cansada,  
puso en el Asia el pensamiento fijo  
y en los que ciñen por Jesús la espada.  
Ni riesgo, ni dolor, ni afán prolijo;  
ni amor del padre, ni del cetro; nada  
basta á borrar del pecho y la memoria  
ese empeño tenaz de fama y gloria.

## VII

»Aprender anhelaba el modo y arte  
de la milicia fatigosa y dura  
con el grande Bullón, probando en parte  
rubor y enojo de su vida obscura,  
al ver cuál de Reinaldo se reparte  
en verde edad la fama ya madura;  
pero aún más le enardece el santo celo,  
no de terreno bien, de amor del cielo.

## VIII

»Gente arrojada y de vigor robusto  
toma, y parte ligero, y Francia adentro  
penetra, y llega sin afán ni susto  
á la ciudad que del imperio es centro.  
Le acogió en su palacio el Griego agosto,  
y allí de un nuncio tuyo hubo el encuentro.  
Él le dijo el asalto de Antioquia  
y duro asedio que después sufría.

## IX

»Del persa le narró, que con legiones  
y pueblos tantos á cercarla vino,  
que dejar parecía de varones  
vacío el ancho imperio al sol vecino.  
Él de ti, de tus inclitos campeones  
contóle, y de Reinaldo el paladino;  
su audaz fuga le dijo y tanta hazaña  
con que ilustró su nombre en la campaña.

## X

»Y por narrarle acaba cuál trabaje  
por rendir á Salem vuestro ardimiento,  
y le incita á que acuda su coraje  
del infiel al postrero vencimiento.  
Estímulo tan vivo este lenguaje  
es de Suenón al juvenil aliento,  
que está ya ansiando en sangre de paganos  
teñir su acero y emparar sus manos.

## XI

»Entiende que su inercia le moteja  
del ajeno valor la gloria mucha,  
y al que parar le pide ó le aconseja,  
desestima fogoso ó no le escucha.  
Ni riesgo mira, ni temor le aqueja,  
sino el de verse tarde en la alta lucha.  
Tan sólo este peligro siente grave:  
de más trabajos sospechar no sabe.

## XII

»No aguarda que la suerte nos arroje;  
mas sale á adelantarla su osadía;  
ni espera que las sombras desaloje  
el temprano carmín del nuevo día;  
cual camino mejor el breve escoge:  
por él seguimos al señor y guía,  
bosques, breñas, obstáculos hollando  
y enemigas celadas despreciando.

## XIII

»Afligiónos el hambre, el mal seguro  
camino y los asaltos pertinaces;  
mas vimos, libres ya de tanto apuro,  
muertos á los contrarios ó fugaces.  
Tornó el trabajo á cada cual más duro  
y al fin nos hizo la victora audaces,  
cuando un día en el límite vecino  
nos hallamos del suelo palestino.

## XIV

»Nos advierten aquí los corredores  
que alto estrépito de armas han notado  
y en señas visto, anuncios precursores  
de que es cerca un ejército acampado.  
Ni el tranquilo ademán, ni los colores  
de la faz nuestro Príncipe ha mudado,  
cuando el miedo en los otros pintar quiso  
con mortal palidez el triste aviso.

## XV

»Dice sólo: Ya cerca nos hallamos,  
amigos, del martirio ó la victoria.  
Esperemos en ésta y no temamos  
de aquél, que nos ofrece eterna gloria.  
Convirtamos el suelo que hoy pisamos  
en sacro templo de inmortal memoria,  
donde enseñe hasta el fin la edad futura  
nuestros lauros á un tiempo y sepultura.—

## XVI

»Calla, y los puestos con quietud dispone  
y los cargos comparte y la fatiga.  
Quiere en armas su gente, y no depone  
él tampoco ni yelmo ni loriga.  
Era aún la noche en la sazón que pone  
más hondo olvido con su calma amiga,  
cuando el horrendo aullar del barbarismo  
llegó hasta el cielo y atronó el abismo.

## XVII

»Suenón grita á las armas, y en defensa  
manda que su legión forme y se apiñe,  
y en los ojos radiando luz inmensa,  
del color de la audacia el rostro tiñe.  
Henos aquí embestidos: turba densa  
por do quiera la escuadra envuelve y ciñe.  
Bosque de astas y espadas nos circunda  
y granizo de dardos nos inunda.

## XVIII

»En el conflicto y desigual palestra,  
do combate un danés por veinte infieles,  
entre heridos y muertos la flor nuestra  
cae rompiendo marlotas y alquiceles;  
mas encubre la noche tanta muestra  
de virtud y tan inclitos laureles,  
y el espirante número aun no asombra  
porque lo esconde la nocturna sombra.

## XIX

»En medio del rigor de la batalla  
Suenón alza la frente, y poderoso  
con inaudito esfuerzo hiende y talla,  
brillando en las tinieblas luminoso.  
Con un monte de muertos hace valla;  
un torrente de sangre le da foso,  
y parece llevar contra el pagano  
en la vista el terror, muerte en la mano.

## XX

»Lidiamos de este modo hasta que el día  
pintó el Oriente de topacio y rosa;  
mas no bien él la sombra describía  
que á los muertos tapaba misteriosa,  
dobló la ansiada luz nuestra agonía  
escena iluminando dolorosa;  
que el fin de nuestros males vimos cierto  
y el suelo de cadáveres cubierto.

## XXI

»¡Éramos ciento de dos mil! ¡Ay! cuando vió Suenón tanta sangre y tanta muerte, el horrible desastre al miserando le acongojó tal vez el alma fuerte; mas sin mostrarlo; antes la voz alzando, sigamos, nos gritó, la heroica suerte de los que ya triunfantes del averno á la mansión nos llaman del Eterno.

## XXII

»Dijo, y ledo, á mi ver, con la vecina muerte, de corazón y de semblante, contra la horrenda furia sarracina presenta el pecho intrépido y constante. No bastara á sufrir malla, aunque fina fuese, y de fierro no, mas de diamante, rigor tan fuerte. En tanto en el guerrero una llaga es no más el cuerpo entero.

## XXIII

»Ya, no la vida, la virtud sostiene á aquel fiero que indómito aun respira: hiriendo, herido, su valor mantiene; ni pára de ofender, ni se retira, cuando ve aquí que contra el héroe viene grande, horrendo mortal ardiendo en ira, que tras de crudo y pertinaz combate, de muchos ayudado, al fin le abate.

## XXIV

»Cayó ¡ay dolor! y del garzón preclaro ni uno quedó á vengar la infausta suerte. Por testigo te pongo, ¡oh de mi caro príncipe y mi señor despojo inerte!, que no fui de mi vida entonces avaro; mas veces mil me adelanté á la muerte; y yo la merecí, si tal consuelo ¡ay! me negaste desde el alto cielo.

## XXV

»Vivo quedé yo solo entre despojos, si puede aquel vivir llamarse vida, privados de sentir los miembros flojos y la memoria entre el sopor perdida. Cuando después la luz tornó á mis ojos que una nube envolviera denegrada, de noche parecióme, y con penosa mirada vi lucir llama dudosa.

## XXVI

»Turbia mi vista aun, virtud no encierra que á discernir las cosas tenga acierto; mas vía como aquel que entreabre y cierra, ni dormido los ojos, ni despierto, y empezaba el dolor á darme guerra de las heridas de mi cuerpo yerto, que encona el aire y nocturnal rocío al raso cielo y sobre el campo frío.

## XXVII

»Aquella luz se iba acercando en tanto,  
y un murmullo bajísimo resuena.  
Luego á mi lado se coloca el canto,  
y yo el párpado torpe alzo con pena  
y á dos, vestidos con extenso manto,  
miro teas llevando y que en serena  
voz me dicen: Confía, hijo, en el cielo  
que al piadoso y conrito da consuelo.

## XXVIII

»Así el uno me habló: Después la mano  
bendiciendo extendió sobre mi frente,  
y con susurro murmuró cristiano  
voz que no se comprende aunque se siente,  
y ¡levanta!, añadió. Yo libre y sano  
me hallé de mis heridas de repente;  
y aun notar parecióme (¡oh gran prodigio!)  
brío mayor cual único vestigio.

## XXIX

»Atónito los miro y dentro lucho  
en dar asenso á la verdad que toco,  
cuando: Mortal sin fe, decirme escucho,  
¿qué duda así tu pensamiento loco?  
Miras terreno barro y frágil mucho:  
siervo soy de Jesús; su nombre invoco,  
apartado del mundo y de su engaño,  
en agria soledad pobre ermitaño.

## XXX

»De tu salud ministro me ha elegido  
del Rey del orbe la intención benigna:  
el que á obrar el milagro más subido  
humildes medios á la vez designa,  
hoy que yazca no sufre en el olvido  
el cuerpo en que ha morado alma tan digna;  
mas quiere se remonte eterno y puro  
con ella á unirse al inmortal seguro.

## XXXI

»De Suenón digo, á cuya muerte honrosa  
tumba debe erigirse que arrogante  
el hecho insigne y la virtud famosa  
hasta la edad publique más distante.  
Mas los ojos eleva y mira hermosa  
huir estrella como el sol radiante.  
Síguela pues; te llevará su brillo  
do el cuerpo está del inclido caudillo.

## XXXII

»De aquel nocturno sol vívido y gayo  
miro entonces partir línea fulgante,  
que adonde el cuerpo está baja al soslayo,  
cual áureo rasgo de pincel valiente;  
y sobre él tanta luz vierte su rayo,  
que cada herida resplandece ardiente,  
conocidos mostrándose á mis ojos  
los desgarrados lívidos despojos.

## XXXIII

»Veo su faz, que en atrición completa  
 estar parece y divinal contacto,  
 y al cielo mira sosegada y quieta,  
 como el que pone allí su amor intacto.  
 De la espada una mano el pomo aprieta  
 dura, aterida, de asestar en acto;  
 otra en humilde acción el pecho ampara,  
 como si á Dios perdón le demandara.

## XXXIV

»Mientras lavo sus llagas con el llanto,  
 sin lanzar el dolor que me acongoja,  
 la helada mano abriendo el viejo santo,  
 del fierro que oprimía la despoja;  
 y, ésta, me dice, que sembrara hoy tanto  
 estrago y que de sangre aun miras roja,  
 espada es grande, y tu memoria sabe  
 que otra de más virtud hallar no cabe.

## XXXV

»Así, Dios manda (pues usarla veda  
 á su señor primero la impia muerte)  
 que no en ocio y olvido aquí proceda;  
 antes pase á otra mano osada y fuerte,  
 que con vigor igual blandirla pueda  
 días más largos de inmutable suerte,  
 tomando (que está en ella esa esperanza)  
 del homicida de Suenón venganza.

## XXXVI

»Solimán á Suenón quitó la vida,  
 y á Solimán postrar debe su acero.  
 Tómale pues y parte á do ceñida  
 es Salem del católico guerrero;  
 y no temas la senda ver perdida,  
 inerme al recorrer campo extranjero;  
 que fácil el camino ya te muestra  
 del que te envía la potente diestra.

## XXXVII

»Él quiere que la voz del que salvara  
 para tan noble fin, al franco diga  
 la piedad, el valor con que ilustrara  
 tu señor caro la marcial fatiga,  
 para que ejemplo de virtud tan rara  
 de la purpúrea Cruz la gente siga,  
 y hora y eternamente alto se aclame  
 y á los pechos magnánimos inflame.

## XXXVIII

»De quién el fierro ha de heredar sangriento  
 falta que el nombre tu memoria aprenda.  
 Es Reinaldo, el rapaz cuyo ardimiento  
 no hay varón en el campo que contienda.  
 Entrégaselo y dile que á su aliento  
 solo la alta venganza se encomienda.—  
 Mientras fijo á estas voces atendía,  
 turbó nuevo milagro el alma mía.

## XXXIX

»Allí donde el cadáver reposaba  
vi de pronto un sepulcro alzarse abierto,  
que al subir en su centro le encerraba  
(si de cuál modo y arte no soy cierto)  
y que en grabados signos expresaba  
el nombre ilustre y la virtud del muerto.  
Yo sentía mi alma irse extasiando,  
ya las letras, ya el mármol contemplando.

## XL

»Y el viejo hablóme: Aquí cabe su gente  
yacerá el cuerpo de Suenón famoso,  
mientras el alma en el seno del potente  
goza amando del bien más venturoso.  
Mas tributo de lágrimas ferviente  
pagaste asaz: ya es tiempo de reposo.  
Tú mi huésped serás hasta la hora  
que anuncie tu partir la blanca aurora.

## XLI

»Calla, y con pena y vacilante paso  
sigo las vueltas que su pie describe,  
hasta do cuelga de peñasco raso  
cóncava gruta que ni luz recibe.  
Allí entre lobos y osos, ledo acaso,  
confiado al menos, con su alumno vive;  
que la inocencia al pecho más desnudo  
es defensa mejor que arnés y escudo.

## XLII

»Refacción á mi cuerpo fatigado  
duro lecho y manjar silvestre dieron,  
y appena el horizonte nacarado  
las ráfagas del día transpusieron,  
uno y otro eremita (y yo á su lado)  
con celo vigilante á orar salieron.  
Luego del santo viejo despedíme,  
y aquí do me ordenaron dirigíme.»

## XLIII

El tudesco acabó. Con voz llorosa  
respóndele Bullón: «Tu labio aterra  
al campo con la nueva dolorosa  
que vena tanta de dolor encierra.  
¡Ay cuán amiga gente y valerosa  
devoró corto tiempo y breve tierra!  
¡Tu señor cual relámpago brillante  
lanzó su luz y se apagó al instante!

## XLIV

»Pero esas muertes útiles contemplo  
más que conquista yo de reino caro;  
que el Capitolio antiguo dar ejemplo  
igual no puede de valor tan raro.  
Ellos del cielo en el lumbroso templo  
visten las sienes de laurel preclaro,  
y cada cual allí la roja seña  
por do la muerte entró contento enseña.



## XLV

»Mas tú, que al riesgo y afanar prolijo  
 aun quedas de los huéspedes del mundo,  
 ten en su gloria el pensamiento fijo  
 y el rostro de dolor torna en jocundo;  
 y pues demandas de Bretoldo al hijo;  
 sabe que ausente yace y vagabundo,  
 y á bien no tomo que en su busca luches  
 antes que nuevas de su andar escuches.»

## XLVI

De muchos en el alma, á estas razones,  
 el amor por Reinaldo se concentra,  
 y dicen: «¡Ay, por bárbaras regiones  
 el jovencillo errante hora se encuentra!»  
 Narran al extranjero sus acciones  
 do el saber siempre con las fuerzas entra,  
 y ese aplauso al danés revela entero  
 el valor del ausente caballero.

## XLVII

Cuando así de Reinaldo la membranza  
 el corazón de todos conmovía,  
 he aquí de vuelta el escuadrón que, á usanza  
 de guerra, al campo á merodear salía.  
 Conduciendo tropel lanudo avanza,  
 y gordas reses que robado había,  
 y granos, y forrajes, que alimento  
 presten y fuerzas al corcel hambriento.

## XLVIII

Y triste signo traen que denota  
 daño fatal, que en apariencia es cierto:  
 del buen Reinaldo ensangrentada y rota  
 la veste y el arnés do quiera abierto.  
 Extiéndese al instante (¿y quién ignota  
 tal nueva ha de guardar?) un ruido incierto.  
 Doliente el vulgo aquí se precipita  
 por ver las armas y en tropel se agita.

## XLIX

Ve y conoce la mole dilatada  
 del arnés, y el pavés que el brazo abruma,  
 con el ave que al sol la prole amada  
 enseña á desplegar la incierta pluma.  
 En la lid esas armas apretada  
 vía un tiempo brillar con gloria suma;  
 hora con pena amarga, y no sin ira,  
 destrozadas allí yacer las mira.

## L

Mientras murmura el campo y variamente  
 de esa muerte el origen interpreta,  
 quiere el pío Bullón se le presente  
 el jefe á quien la escuadra se sujeta.  
 Es Alipandro, capitán prudente,  
 de palabra veraz, corta y discreta.  
 Á éste manda explicar dónde el despojo  
 halló, y las causas de inquietud ó enojo.

## LI

«Hay de aquí dos jornadas, le responde,  
en el confin de Gaza y apartado  
de la pública vía, un valle en donde  
círculo forma desigual collado,  
y un manso arroyo fecundante esconde  
su pie de plata entre fragor sobrado;  
inhóspite, selvoso, al maleficio  
es el lugar y á la traición propicio.

## LII

»Buscábamos, señor, reses venidas  
allí al despunte de los verdes ramos,  
cuando entre juncias de carmín teñidas  
de un guerrero el cadáver nos hallamos.  
Al mirarle las armas, conocidas  
del vil lodo á pesar, todos volamos,  
y el rostro á descubrir yo me acercaba,  
cuando vi que la testa le faltaba.

## LIII

»Heridas muestra de la espalda al pecho;  
manco está de la diestra el busto frío,  
y es del águila blanca á corto trecho  
la rota veste y el morrión vacío.  
Mientras alguno á quien pregunte acecho,  
un pastorcillo cruza el bosque umbrío,  
que en presurosa fuga de repente  
la planta vuelve al descubrir mi gente.

## LIV

»Mas alcanzado, á la pregunta mía  
esta nueva fatal dió por respuesta:  
que vió escondido el precedente día  
muchos guerreros ir por la floresta,  
y de ellos uno que del pelo asía,  
largo, rubio y sutil, cortada testa;  
la cual le pareció, mirando atento,  
de intonso joven de beldad portento.

## LV

»Que luego aquél en cándido vendaje  
la envolvió y puso del arzón pendiente,  
dijo, y por fin, que conoció en el traje  
de nuestro bando ser la armada gente.—  
Desnudar hice el cuerpo, y homenaje  
prestando á la sospecha amargamente,  
cargó sus armas yo, mientras se cura  
mi hueste de cavarle sepultura.

## LVI

»Mas si el tronco es aquel que yo presiento,  
¡ay! otra tumba y otro honor le toca.»  
Calló Alipandro y despidióse atento,  
que la entera verdad contó su boca.  
Grave quedó Bullón: su pensamiento  
vagando está con inquietud no poca;  
más señas quiere del horrendo busto  
é indicio hallar del homicida injusto.

## LVII

La noche en tanto con su sombra oscura  
va envolviendo regiones infinitas,  
y á dar á los mortales se apresura  
las de olvido y de paz horas benditas.  
Tú no más, Argilán, con alma impura  
negras visiones en la mente agitas;  
que tus ojos el plácido beleño  
gozar no pueden de benigno sueño.

## LVIII

Éste, de osada lengua, de atrevido  
genio y de manos impetuoso tanto,  
nació á orillas del Tronto y fué nutrido  
de civil guerra entre la sangre y llanto.  
Proscrito luego, de su patria ha sido  
por sus robos y muertes el espanto,  
hasta que á Siria vino, do alcanzara  
nombradía mejor en lid más clara.

## LIX

Al alba al fin se aduerme; mas no cabe  
en él reposo bonancible y quieto,  
y no es el sueño que le asaltá suave,  
ni aun tregua escasa de su afán secreto;  
es sofocante, pavoroso y grave,  
sopor de muerte que le infunde Aletó,  
y espíritu implacable ella le irrita,  
y bajo aspectos mil su pecho agita.

## LX

Alto fantasma á figurarle viene,  
que un gran tronco sin mano representa,  
y una cabeza en la siniestra tiene  
aun medio viva, pálida, cruenta,  
que entre sangre y singultos se previene  
esto á decir con voz llorosa y lenta:  
«¡Huye Argilán! ¿Llegar no ves el día?  
¡Guarte del jefe y de la hueste impía!

## LXI

»Que el rencor envidioso del tirano  
cual la mía os ofrece suerte dura,  
y nada, mis amigos, del insano  
que truncó mi existencia os asegura.  
Mas si confías en tu invicta mano  
y en el alma impertérrita y segura,  
no partas, no: de mi destino infausto  
corra su aleve sangre en holocausto.

## LXII

»Yo de venganza espíritu y de ira,  
fierro daré á tu brazo, odio á tu seno.»  
Así le dice, y con su hablar le inspira  
violentísimo ardor de rabia lleno.  
Despiértase azorado, en torno gira  
sus miradas de sangre y de veneno;  
ármase, y con presteza osada y loca  
á los guerreros ítalos convoca.

## LXIII

Y júntalos al pie del tronco altivo  
do el gran despojo de Reinaldo pende,  
y el recelo anterior despierta vivo,  
y así con voz de guerra los enciende:  
«¿Conque un bárbaro pueblo vengativo,  
que fe no guarda, que razón no entiende,  
de sangre y oro ardido en sed inmunda,  
atará nuestro cuello á su coyunda?»

## LXIV

»Cien lustros á eclipsar el poderío  
basta, y borrar de Roma la noticia,  
lo que en siete años de su mando impío  
de humillación sufrimos é injusticia.  
Callo que fué por el saber y el brio  
del buen Tancredo opresa la Cilicia,  
y de regirla el franco hora se aplaude,  
y roba el premio del valor el fraude.

## LXV

»Callo que á do veloz el riesgo pide  
arrojo y voluntad, esfuerzo y arte,  
de los nuestros alguno allí preside  
primero siempre al ímpetu de Marte;  
y cuando luego el lauro se divide  
y el botín en el ocio se reparte,  
el fértil campo, la riqueza, el oro  
es de ellos sólo y el triunfal decoro.

## LXVI

»Tiempo fué ya que esa altivez tirana  
pudiéramos sentir; hoy al olvido  
la alta injuria se dé: maldad insana  
todo otro mal en leve ha convertido.  
¡Hora han muerto á Reinaldo, y con la humana  
la justicia del cielo han ofendido!  
y Dios ¿no manda el rayo, ni la tierra  
en su lóbrego centro los encierra?»

## LXVII

»¡Mataron á Reinaldo, el esforzado  
compeón de nuestra fe, que aun yace inulto;  
y en la pagana tierra mutilado  
dejaron su cadáver é insepulto!  
¿Buscáis al asesino despiadado?.....  
Mas ¿de quién, compañeros, está oculto?.....  
¡Ah! bien sabéis lo que al valor latino  
envidian Godofredo y Baldovino.

## LXVIII

»Pero ¿á qué más decir? Al cielo juro,  
que los labios sacrilegos maldice,  
que al mostrarse la luz al orbe obscuro  
le vide yo vagar, sombra infelice.  
¡Qué espectáculo, aymé, tan triste y duro!  
¡Cuánto mal de Gofredo nos predice!  
No fué sueño; le vi: do quier que giro  
los ojos, me parece que aun le miro.

## LXIX

»¿Qué haremos pues? ¿Rendirnos á esa mano  
que de tan cara sangre aun es inmunda?  
Y al país ¿no pudiéramos lejano  
dirigirnos que el Eúfrates inunda,  
en donde á pueblo imbele, en fértil llano,  
entre ciudades mil nutre ó fecunda?  
Vamos, y el suelo que ganar sabremos  
con el franco esta vez no partiremos.

## LXX

»Vamos, é inulta quede la gloriosa  
(si así lo resolvéis) sangre inocente;  
bien que si la virtud, que ya reposa  
muelle en vosotros, os hablara ardiente,  
esa que devoró sierpe rabiosa  
la gala y flor de la italiana gente,  
escarmiento y terror con su agonía  
á otros monstruos feroces les daría.

## LXXI

»¡Pluguiera á Dios, si el ímpetu y despecho  
de vuestro herido orgullo tanto osase,  
que hoy por mi mano en el cobarde pecho,  
nido de horrores, el castigo entrase!»  
Dice así horrible, y su furor deshecho  
consigue que en el alma á todos pase;  
y ¡armas, armas! frenético bramaba,  
y ¡armas! laalzada multitud gritaba.

## LXXII

Su antorcha Aleto sacudiendo, trata  
que peste y llamas y veneno exhale.  
El furor, la demencia, la insensata  
sed de sangre y de crímenes prevale,  
y cual lava serpea y se dilata,  
y del latino y de sus tiendas sale,  
y en los helvecios entra, y se difunde,  
y al real después de los ingleses cunde.

## LXXIII

Ni es que á las razas extranjeras mueva  
sólo el público mal que hora acontece;  
mas la vieja rencilla á la ira nueva  
razón á un tiempo y pábulo le ofrece.  
Toda olvidada injuria hoy se renueva;  
contra los francos el insulto crece;  
y el odio, que celar no es ya posible,  
en amenazas se difunde horrible.

## LXXIV

Así el agua que cuece á ingente fuego  
bulle en el cobre hueco y se alborota,  
y cuando en él no cabe, sube luego  
y por los bordes espumante brota.  
No basta á contener al vulgo ciego  
quien fría, en tanto, su razón denota,  
y Tancredo y Camilo eran ausentes,  
Guillermo y los demás jefes potentes.

## LXXV

Ya á las armas con paso firme y presto  
 en confusión los pueblos van feroces,  
 y se oye de la trompa el són funesto  
 y suenan del motín las altas voces.  
 Gritan que se arme á Godofredo, en esto,  
 muchos de aquí, de allí, nuncios veloces,  
 y Baldovino, antes que nadie armado,  
 se presenta y le guarda el diestro lado.

## LXXVI

Él, que acusar se oyó, la vista al cielo  
 alza y así, cual suele, á Dios acude:  
 «Tú, que sabes, Señor, con cuánto celo  
 librar mi campo de discordias pude,  
 tú de esos turbios ojos corre el velo;  
 tú refrena el furor que los percude,  
 y pues conoces la inocencia nuestra,  
 al ciego mundo, por piedad, la muestra.»

## LXXVII

Calla, y un fuego celestial y ardiente,  
 que del suelo parece se levanta,  
 pasar ligero por sus venas siente  
 revistiendo su faz de gloria santa.  
 Rodeado entonces de su electa gente,  
 contra la alzada turba se adelanta,  
 sin que el rumor le pare ó le confunda  
 que de amenazas y armas le circunda.

## LXXVIII

La gran coraza ostenta, y noble veste  
 con no usado esplendor le adorna rica.  
 Su mano inerme está, y una celeste  
 majestad su semblante vivifica.  
 Tiende el cetro, y domar la indócil hueste  
 sin más fierro presume ni más pica,  
 y así sobre el motín su acento truena,  
 y cual eco mortal su voz no suena:

## LXXIX

«¿Qué locas amenazas y crujido  
 oigo de armas sonar? ¿Y quién le mueve?  
 ¿Venerado así ser y conocido  
 tras pruebas tantas mi carácter debe?  
 ¿Y aun hay quien de traidor y fementido  
 tache á Bullón, y quien la tacha apruebe?  
 ¿Ó esperáis que el oprobio infame arrostre,  
 disculpa os dé y á vuestros pies me postre?»

## LXXX

»¡Ah! no; jamás indignidad tamaña  
 el mundo lleno de mi nombre entienda,  
 y el honor conquistado en la campaña,  
 la verdad, y este cetro me defienda.  
 Mas hoy la compasión mande á la saña,  
 y no la pena al criminal descienda.  
 Hora á vuestro Reinaldo invicto os dono  
 y su error por sus méritos perdono.

## LXXXI

»La culpa solo con su sangre lave  
Argilán, reo del común delito;  
que por leve sospecha encender sabe  
incautos pechos con rebelde grito.»  
Esto hablando, su aspecto lanza grave  
de regia majestad lampo infinito,  
tal que Argilán atónito, confuso,  
huye la vista que en temblor le puso.

## LXXXII

Y el pueblo que antes con soberbia mucha,  
irreverente, audaz bramar se oía,  
y que el fierro y la tea á la impia lucha  
que encendió la discordia prevenía;  
baja la frente y en silencio escucha  
de la imperante voz la valentía,  
y sufre que Argilán, á quien rodea,  
atado allí por los ministros sea.

## LXXXIII

Así león, que con rugido fiero  
la erizada melena al aire daba,  
si al guarda ve que domeñó primero  
del nativo vigor la furia brava,  
teme su voz, su amenazar severo,  
y por rendir la frente al yugo acaba,  
sus fuerzas olvidando omnipotentes,  
su corva garra y los ebúrneos dientes.

## LXXXIV

Y es fama que en aspecto horrible y crudo  
y soberbia actitud y amenazante,  
á un alado guerrero inmenso escudo  
se vió poner al pio Bullón delante,  
y un acero también vibrar desnudo,  
aun de férvida sangre destilante,  
sangre acaso de pueblos infinitos  
que cansaron á Dios con sus delitos.

## LXXXV

Pasó el tumulto. Cada cual depone  
con las armas el torvo pensamiento,  
y altas cosas y nuevas se propone  
Gofredo el pie tornando al campamento;  
que al asalto del muro se dispone  
de dos luces ó tres al vencimiento,  
y ve y registra las cortadas trabes,  
ó las que el arte alzó máquinas graves.